

**DISCURSO DE CONTESTACION AL ANTERIOR,
LEIDO POR EL ACADEMICO**

D. Alberto F. Cañas

Señor Académico don Eugenio Rodríguez:

Tiene usted la costumbre —y en el hermoso discurso que acabamos de escucharle la ha ejercido nuevamente— de presentarse ante sus compatriotas como un simple lector; un buen lector, eso sí. Los que tenemos la fortuna de conocerle desde sus años de adolescencia y aprendizaje sabemos que eso es cierto y que usted a lo largo de la vida, y sin que la entrega a exigentes funciones de servicio público le haya inducido a abandonar el hábito ni servido de pretexto para abandonarlo, ha sido un lector no sólo omnívoro y constante, sino también armado, y bien armado, de un certero sentido crítico y de un gusto excelente, que nos llevan a muchos de sus amigos a buscar con avidez aquellos libros que le escuchamos a usted recomendar.

La lectura, según declara usted hoy, le ha afinado el oído para precisar la buena prosa; la conversación sencilla del pueblo es para usted, junto con los grandes creadores en el plano intelectual, la fuente muy directa de la lengua castellana según usted la cultiva. Muy pocas veces tenemos la oportunidad

de escuchar definición tan limpia, tan clara y tan sencilla de eso que las gentes ajenas al oficio suelen sospechar que es un misterio y un secreto: el secreto de escribir, de escribir bien, como ha escrito usted esa media docena de libros que deben enorgullecerle, como —si el verbo es apropiado— enorgullecen a nuestra cultura costarricense.

En esa cosecha de seis volúmenes está lúcidamente implantada una gran pasión costarricense que le ha llevado a usted a ser —desde que escribió el primero de ellos— un intérprete perspicaz de nuestro pueblo y de nuestra verdad; de nuestra historia y de los hombres que la forjaron. Esa pasión costarricense atraviesa su obra en una línea recta ininterrumpida, con una meta que es meta y rumbo al mismo tiempo: indagar, saber, entender y comunicar qué es Costa Rica y por qué Costa Rica es; quiénes somos los costarricenses y por qué los costarricenses somos; cuál es la razón que empuja y cuál el gatillo que dispara a este pueblo, al que usted y yo pertenecemos y con el cual usted de manera tan sabia se identifica; y, como consecuencia, quiénes fueron, por qué fueron, esos hombres admirables que a lo largo de los años fueron marcando el camino, portadores de la libertad, la democracia política, la tolerancia, la civilidad y la paz, virtudes que ya estamos hoy en capacidad de saber y de decir que usted también encarna, y es utilísimo que tengamos quien las encarne en esta hora complicada que vivimos, de peligros y acechanzas, de desmayos y contradicciones, de claudicaciones y de dudas.

Cada vez que nos sobreviene un período de dificultad, surgen voces acaso timoratas, puede que apenas ignorantes, agoreras en todo caso, a prescribir que el momento peligroso podrá salvarse si abandonamos alguna, o todas las cívicas virtudes de que usted es abanderado intelectual y práctico. Y es ardua tarea, tarea de todos, el resistirlas, porque son tentadoras como todo canto de sirenas.

La pureza de las ideas que contienen y la claridad con que están consignadas, la agudeza del análisis, las profundas investigaciones que los respaldan, el amor en fin que sus libros revelan por este pueblo, por su historia y por sus hombres, pesaron, no lo dude, en el ánimo de esta Academia a la hora de tomar la determinación de invitarle a usted a formar parte

de ella. Pero también, no lo olvidamos, la belleza, precisión, y sentido creativo del lenguaje con que han sido escritos, para deleite de los mayores y enseñanza de las generaciones que vienen.

Sea usted, don Eugenio Rodríguez, muy bienvenido a esta corporación cuyo esplendor, lo sabemos, depende del esplendor de los individuos que llamemos a formarla. Los que estábamos sentados aquí antes de que usted llegara, nos sentimos seguros de haber acertado al llamarle a compartir con nosotros la atractiva tarea del idioma.